

Perspectivas y abordajes en torno a la nación y los nacionalismos.

Tensiones y complejidades de una problemática inconclusa

Por: María Celina Fares

La cuestión de la nación y los nacionalismos es uno de los tópicos que se ha trabajado polémicamente en los últimos años, a través de la crítica a la idea genealógica de nación y su postulación como construcción social y representación imaginaria. Este punto de inflexión requiere una reconsideración de ciertos textos, desde el cruce entre la historia de las ideas y la historia intelectual. Los temas abordados refieren a las ambiguas relaciones entre liberalismo y nacionalismo, la cuestión nacional y sus contenidos, los diversos significados del nacionalismo y sus relaciones con otras corrientes políticas ideológicas, estableciendo los anclajes necesarios en sus itinerarios históricos e historiográficos.

Abstract

The topics of the nation and of the nationalisms have been discussed and worked out throughout the years via the criticism of the idea of a genealogy of the nation and of its being a social construction and an imaginary representation. Such a point of inflection requires a reexamination of some texts, from a viewpoint at the crossroads between the history of ideas and the intellectual history. The themes treated are connected to the ambiguous relationships between liberalism and nationalism, the matter of the nation and its contents, the different meanings of the nationalism and its relationships with other ideological political currents, which establish the anchorage needed by the themes' historical and historiographic itineraries.

1. Introducción

1.1. Perspectivas de abordaje

No muchos temas han acarreado tanta discusión y desplegado tantas pasiones como el nacionalismo. Si bien pudo parecer, bajo el impacto de su derrota con el fin de la Segunda Guerra Mundial, que estaba al borde de su extinción, ha revelado sin embargo no sólo su capacidad de sobrevivencia sino un potencial altamente significativo en múltiples encrucijadas de la historia.

Nuestro propósito reside en tratar de delinear las vías más clásicas sobre las que se ha indagado el tema, discriminando aquellos aspectos sobre los que parece haber acuerdo, de los que provocan discusión y son fuentes de controversias.

No pretendemos en estas páginas dar cuenta de la extensión y heterogeneidad de la literatura existente sobre el tema, sino simplemente rescatar las líneas de análisis más divulgadas, destacando las preocupaciones teóricas más relevantes que el nacionalismo ha despertado en los últimos tiempos.

En este sentido intentaremos dar cuenta de dos vías de abordaje. La primera es externa y muestra las relaciones de complementariedad, tensión y oposición del nacionalismo con otras ideologías como el liberalismo y el marxismo. La segunda es interna y plantea un doble cuestionamiento en torno a la idea de nación: por un lado la forzada escisión entre nacionalismo político y étnico y la posibilidad de construir una síntesis selectiva que pueda ser compatible con la democracia, y por otro, la pretendida solidez con que las versiones antigenealogistas o posmodernistas pretendieron reducir al nacionalismo sin obtener un éxito definitivo.

Se trata entonces de restituir la complejidad que el tema requiere, pasando revista a los referentes intelectuales más reconocidos que abordan el tema, en virtud de las múltiples facetas que su desarrollo histórico despliega.

Para comenzar a hablar de nacionalismo creemos que es necesario distinguir tres sentidos con los que se identifica el término. Desde un sutil y muchas veces amorfo conjunto de creencias y valores que adscriben a los individuos a un sentido de pertenencia, al cual remiten con diferente grado de adhesión los términos *identidad nacional* o *patriotismo*; pasando por un conjunto de núcleos temáticos que configuran un espectro ideológico reivindicativo ante todo del valor de la *libertad o soberanía nacional*, por encima de las libertades individuales que postula

el liberalismo, o del derecho a la igualdad social que pretende el marxismo; para observarlo finalmente como una *práctica política* que guarda sus especificidades de acuerdo a cada experiencia histórica en particular, y configura grupos, partidos y regímenes políticos que suelen reclamar visiones unanimistas y excluyentes así como sostener actitudes y prácticas agonales frente al *otro* impugnado.

Teniendo en cuenta estas significaciones, podemos distinguir tres dimensiones de análisis que generalmente suelen complementarse e incluso a veces fusionarse. La primera, que podríamos denominar como *perspectiva cultural*, cuyos abordajes filosóficos antropológicos y lingüísticos remiten a la concepción de *identidad nacional*, cuya existencia se despliega en períodos de larga duración, e indagan las representaciones sobre el origen y contenidos de *la nación*. La segunda perspectiva, más tradicional, vinculada con la *historia de las ideas*, concibe al nacionalismo como una ideología, con un corpus teórico bastante asistemático y polémico, atendiendo a su relación con otras ideologías como el liberalismo, el tradicionalismo y el marxismo, en contextos históricos insertos en las condiciones generadas por la modernidad. La tercera, que será abordada sólo tangencialmente en este trabajo, es la perspectiva propia de la *historia política*, desde la cual el nacionalismo es considerado como una práctica y un movimiento político, que alcanza una dimensión institucional a través de itinerarios de redes de relaciones sociales, emprendimientos culturales y formación de grupos o partidos políticos, que inciden en la definición de la agenda política y constituyen, en caso de éxito, regímenes políticos de corte autoritario o totalitario, donde el Estado juega un rol hegemónico en la vida social y política.

Estas perspectivas analíticas son inescindibles tanto del proceso de constitución de los Estados modernos a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, como de la emergencia de las historiografías nacionales¹. La apelación a la nación sirvió entonces para que los Estados justificaran un orden de dominación. Construyeron así mecanismos de filiación, consenso y obediencia, fortaleciendo los procesos de homogenización cultural, cuyos proyectos de futuro y relatos del pasado consistían en *recordar* lo que los unía y *olvidar* lo que los separaba, refrendando la operación que Ernest Renan (1882) supiera vislumbrar como necesaria para la existencia de nación.

1 El reconocimiento de esta relación entre nacionalismo e historia no nos impide sin embargo atender a una dimensión analítica y teórica sobre el tema como lo hacen por ejemplo Anthony Smith (1997), Elías Palti (2002) o Ramón Máiz (2008) entre tantos otros.

La nación se vuelve así protagonista central de las narraciones políticas que pretenden separarse de las lecturas filosófico-literarias del pasado. En efecto, la constitución de archivos y la reconstrucción de los pasados nacionales, con sentidos unívocos y teleológicos encarados por las políticas públicas en el transcurso del siglo XIX, dan cuenta de la íntima vinculación que se pretende establecer entre el poder ejercido por el Estado y la nación constituida como su sostén legitimatorio (MACRY, P., 1997:16).

1.2. Los usos y sentidos comunes sobre nacionalismo

Ahora bien, estas delimitaciones analíticas suelen aparecer entremezcladas en los usos cotidianos. Una de las significaciones más comunes del nacionalismo es la que lo asocia a posiciones autoritarias, excluyentes y chauvinistas, y en sus imágenes más extremas con posturas totalitarias, xenófobas y racistas. Esta identificación del nacionalismo se basa en una matriz cultural que sostiene una percepción negativa del *otro*, que genera actitudes que van desde el rechazo a la eliminación de todo aquello que aparece extraño, externo o enemigo de la representación del *nosotros*. Se trata de visiones homogeneizadoras que excluyen la posibilidad de pluralismo y diversidad, necesarios para la construcción de prácticas políticas democratizantes.

En esta significación el punto más alto de inflexión lo proporcionan los que se identificaron expresamente con el nombre *nacionalismo* y que adoptaron posturas críticas, defensivas, reactivas o incluso revolucionarias, en relación con el orden existente, y que suelen identificarse en el lugar de *víctima-mesiánica*, cuyo diagnóstico los autoposiciona en un lugar de injusto padecimiento y subordinación, y cuya prospectiva les arroja un sobrepotenciado rol en el señalamiento de la solución definitiva para la nación.

En esta lógica de amigo-enemigo se legitiman como portadores de la verdadera identidad nacional y reconstruyen una serie de temas y argumentos para cuestionar el orden existente, buscando restituir valores positivos del pasado, que consideran injustamente perdidos. En efecto la cantera que proporciona los restos arqueológicos -en el sentido foucaultiano- que desde un pasado mítico o real aportan los contenidos del proyecto nacional son resignificados en función de la problemática coyuntural que restituye su sentido primigenio perdido, poniéndolos al servicio de la lucha del presente.

Es necesario advertir que las imágenes duales y agónicas de la historia no han

sido patrimonio exclusivo de los nacionalistas, por ejemplo en el caso argentino se extienden a un sentido común sostenido por diversas tradiciones ideológicas: *civilización / barbarie, progreso / atraso, pueblo / oligarquía, liberación / dependencia, patria / antipatria, progresismo / conservadurismo, derechas / izquierdas, burguesías / proletariado*, y demás. Estos binomios no han hecho sino *aggiornar* con diversos códigos, cargados con los conflictos de cada época, una concepción de la política como espacio antagónico no sólo de difícil conciliación, sino incluso de legítima eliminación del adversario revestido en términos de enemigo, donde la violencia simbólica o real jugará un papel decisivo en la resolución de los conflictos, dejando en un lugar muy marginal la concepción de la política como espacio de libertad y concertación (Cfr. ARENDTH, A., 1990).

Además de esta matriz cultural polémica y autoritaria, decíamos que el nacionalismo es también usado en el sentido de una ideología política que se contrapone con el liberalismo. En efecto, la historia del mismo suele remitirse a cómo un conjunto heterogéneo de posiciones y actitudes que reivindican la emancipación nacional cobra su real especificidad cuando adquiere una formulación antagónica e incluso hostil, al conjunto de representaciones, normas e instituciones de un orden investido en la tradición liberal. Liberalismo y nacionalismo, si bien reconocen un origen compartido en torno a la experiencia de las revoluciones burguesas atlánticas, supusieron en un determinado momento histórico dos posiciones antitéticas con relación a la primacía que otorgan a determinados valores sobre los que fundan sus proyectos políticos y que podrían sintetizarse en *libertad individual* versus *libertad o soberanía nacional*.

Esta delimitación del nacionalismo en confrontación por lo menos discursiva con el liberalismo y su correlato el imperialismo es simplificadora y ha sido cuestionada teóricamente, pero no tanto en su uso cotidiano.

En tercer lugar suele usarse el término nacionalista con connotaciones peyorativas para hablar de regímenes políticos, partidos o agrupaciones sociales que los vincula directamente con las experiencias fascistas europeas. Esto requiere por parte de los estudios especializados una cuidadosa reconstrucción histórica que contextualice las especificidades de cada experiencia a fin de discriminar las connotaciones nacionalistas de las que no lo son y de las que específicamente se identifican con el fascismo².

Es más, en el caso argentino existe la tendencia a reconstruir la historia del

2 Sobre este tema, hemos trabajado en función de la reconstrucción de la historia de un partido nacionalista poco conocido por la historiografía: Cfr. Fares, María Celina (2007) *La Unión Federal. Nacionalismo o democracia cristiana (1955-1958)*. Ex-Libris-Astrea, Mendoza.

nacionalismo como una historia unilineal que entiende que nacionalismo y fascismo son sinónimos y siguen una línea de desarrollo sin discontinuidad desde fines de los años veinte hasta la última dictadura (Cfr. FINCHELSTEIN, F., 2008).

Como contrapartida, el uso indiscriminado de la nominación nacionalista ha dado lugar a intentos de tipificación, que si bien aportan interesantes elementos explicativos en función de sus similitudes y diferencias, conllevan una pérdida de la riqueza comprensiva que proporciona la reconstrucción de la experiencia histórica concreta.

Desmontar entonces los usos y sentidos comunes del término «nacionalismo» que han sido naturalizados requiere de varias tareas. Revisar los desplazamientos ideológicos del mismo así como la polémica por los orígenes y contenidos del término *nación*, es lo que nos proponemos hacer en este trabajo, sin que esto signifique desestimar la necesidad de los estudios complementarios sobre los zigzagueantes itinerarios históricos del nacionalismo, que exceden las posibilidades del presente escrito.

2. Los itinerarios del nacionalismo

2.1. Las relaciones entre liberalismo y nacionalismo

Dejando entonces de lado por el momento la matriz cultural que entiende la política a través de la lógica amigo-enemigo no sólo porque como dijimos no es patrimonio exclusivo del nacionalismo, sino porque nos desviaría hacia los cauces de la definición de la política y lo político. Partiremos entonces de la noción de sentido común que entiende el nacionalismo como una corriente ideológica que se define por su oposición a la tradición liberal.

Es sabido que el nacionalismo del siglo XX encarna una reacción ideológica frente al conjunto de amenazas que suponía el proceso de modernización para el orden tradicional y jerárquico que aún se pretendía resguardar. Sin embargo desde fines del siglo XVIII el nacionalismo fue el componente necesario e indispensable para la justificación de la organización de los Estados modernos. Esta relación de convergencia primigenia y tensión posterior da lugar a una serie de interrogantes y líneas de análisis sobre hasta qué punto el nacionalismo podía articularse con el liberalismo y la democracia sin perder sus tópicos identitarios.

En efecto, la unión fecunda del denominado *liberalismo nacional*, que diera

lugar al nacimiento de los Estados modernos revolucionarios, mostrará con el correr del tiempo cómo las desavenencias entre ambas concepciones, sobre todo en sus extremos más radicalizados, conducirán a una separación violenta que proclamó y ejecutó la muerte del adversario durante la Segunda Guerra Mundial y la posguerra, para luego volver a establecer vínculos a fines del siglo XX, en la demanda de derechos e identidades diferenciadas que acompañan los procesos de democratización frente al paradójico proceso de homogeneización de la globalización.

En esta trayectoria de largo plazo se pueden observar a su vez tres fases o problemáticas por las que la relación entre ambas ideologías atravesó. La primera fue el interés que sostuvieron las actitudes políticas e ideológicas de signo liberal democrático en el nacionalismo de corte político. La segunda refiere a la separación que se fue fraguando entre la teoría y la práctica liberal democrática con el nacionalismo cultural de la segunda mitad del siglo XIX, y la tercera hace referencia a los factores que han condicionado la visión liberal democrática del nacionalismo en el siglo XX (BLAS GUERRERO, A., 1999).

Para ilustrarlo baste recordar el proceso revolucionario de los Estados modernos occidentales, cuyos modelos se recortan a través de la experiencia francesa y norteamericana y con matices diferenciados en Inglaterra y España, y más aún del mundo hispanoamericano. En todos se trata de procesos de constitución de Estados modernos asentados en una nueva legitimidad, que ya no era ultraterrena y dinástica, sino que estaba fundada en un poder secular surgido de la representación de la *nación*. En ellos, la ecuación nación-pueblo-Estado soberano expresaba la nueva base de legitimación del poder, sin apelar ni a la lealtad a la corona, ni a la tradición, ni a la religión, pero tampoco aún a ninguna concepción cultural, ni étnica, de nación o pueblo.

Se trataba en realidad de la idea de *nación cívica* (REANAULT, A., 1993 y FLORIA, C., 1998) imbricada tanto en la tradición inglesa como en la francesa y norteamericana y que se expresaba a través de la idea de *nación contrato* que, en términos de Siéyès, se definía como *un cuerpo de socios que viven bajo una ley común y representada por una misma legislatura*, reconociendo la identidad nacional como identidad de derechos. Se trataba entonces de una asociación libre, fundada en los principios del contrato social, por lo cual compartía, al igual que el liberalismo, la idea constructivista asentada en la adhesión voluntaria de individuos que delegaban la representación de la voluntad general.

Éste era el principio básico que identifica la nueva legitimidad del Estado moderno, la nación cívica, como contrato construido por individuos que reconocen los derechos y deberes que de él se derivan. Por ello Ernest Renan (1882) definirá a la nación como *el plebiscito cotidiano*, en el cual se decide y deviene, no en función de la sangre, la lengua o el territorio, sino en la voluntad de pertenecer, de *vivir juntos* y al mismo tiempo pactar tanto *los recuerdos* como *los olvidos*. Se trata entonces de una construcción social que se fragua en el pasado, ancla en el presente y se proyecta a futuro.

La aceptación de la legitimidad política de la posición liberal-nacional cambió el mapa político europeo entre 1830 y 1880 en torno al «principio de las nacionalidades», por el cual la autodeterminación de las naciones no sólo tenía que ver con la identificación del individuo, que le permitía al Estado reclutarlo como fuerza de lucha además de ser un sostén identitario de las poblaciones incluidas dentro de los territorios nacionales, sino sobre todo, con las posibilidades económicas que le permitían su viabilidad a través de procesos de unificación, y no tanto de los sentimientos identificatorios de sus miembros, como sostiene E. Hobsbawm (2000:50).

Ahora bien, desde mediados del siglo XIX los primeros cuestionamientos a la relación de correspondencia entre liberalismo y nacionalismo surgieron tras evidenciarse que el discurso nacionalista era maniobrable tanto para aspiraciones imperiales como para aspiraciones separatistas. En efecto, cuando la lógica de los derechos de autonomía y libertad individual se trasladó a los pueblos, en principio revelaría una correlación entre ambas ideologías, pero en tanto las reivindicaciones del nacionalismo cultural se radicalizaran se harían incompatibles con los principios liberales. De todas maneras siguió imponiéndose una lógica que priorizó la razón pragmática por sobre la axiológica y privilegió la viabilidad económica y política para el funcionamiento de los Estados por sobre las identidades culturales.

Los procesos de consolidación de los Estados nacionales fueron, en definitiva, el resultado de la iniciativa de las élites políticas, intelectuales y militares, y de factores económicos y de mercado, más que de los movimientos de masas que por entonces también crecían reivindicando identidades de lengua, tradición o etnias frente al avance de la modernización y los movimientos poblacionales. La acción de los Estados tendió entonces a promover un acercamiento a esos sentimientos identitarios reforzando el imaginario nacional a través de las comunicaciones, el ejército, la enseñanza y los rituales patrios, que confirmarían a la patria como un

sentimiento colectivo.

Así la cuestión nacional se convirtió en una cuestión de importancia para los procesos de democratización y la política de masas que generó una nueva identificación patriótica reforzada por aparatos administrativos de movilización ciudadana. Sin embargo esta identificación entre tradición liberal y nacionalismo no impidió que a fines del siglo XIX se manifestara una nueva línea dentro del mismo, que argumentaba con el sentimiento y la lealtad nacional contra el *statu quo* imperial y o liberal.

El segundo problema que reflejan las complejas relaciones entre liberalismo y nacionalismo de base cultural³ tenía que ver con la reivindicación del principio de autodeterminación de cada nación sin considerar su posible viabilidad, pero además ya se desplazaba el criterio de conciencia de haber pertenecido a «la nación histórica», por criterios de etnicidad y lengua. No tardaría mucho en evidenciarse que el seguimiento de la lógica del nacionalismo cultural alemán por ejemplo, revelaría la incompatibilidad entre el gusto por la libertad individual, la fidelidad a la razón y el utilitarismo, dando lugar a que los rasgos del nacionalismo romántico, que a fines del siglo XVIII se constituye en torno al *espíritu de los pueblos*, proporcionara la cantera de elementos culturales para el nuevo nacionalismo político.

Estos elementos culturales venían a acompañar las reivindicaciones de las clases medias que reaccionaban en búsqueda de seguridad e integración frente a las amenazas de disolución del orden tradicional, que percibían en la creciente concentración de capital y en la internacionalización del movimiento obrero. El nacionalismo se transformaba en un defensor del orden, la tradición, la familia y la religión, fortaleciendo sus notas conservadoras antidemocráticas y antiliberales.

Esta proliferación de nacionalismo fue aprovechado por los Estados en expansión tras la competencia colonial, y lograron hacer converger las reivindicaciones sociales con las nacionales, como sucedió en la Primera Guerra Mundial, aunque luego de ella triunfara definitivamente el principio de nacionalidad por sobre el de revolución social, exceptuando a Rusia.

³ Cabe aclarar aquí cómo dentro de la concepción de nación cívica las categorías de nacionalismo político y cultural han sido discriminadas. El primero tendría como objetivo la creación de un orden estatal de los ciudadanos, donde los planteamientos racionales y modernizantes priman sobre los étnicos, mientras que en el segundo tiene un alcance político más difuso y se constituye como un precipitado de la historia que expresa singularidades de la cultura y la naturaleza. Sin embargo el nacionalismo cultural, al identificarse con una actitud de lealtad a la propia nación, puede convertirse en una ideología y por tanto en una cuestión política e histórica (KOHN, H., 1944).

El nacionalismo entonces se vio reforzado, por un lado, por los resentimientos generados por el fracaso de los principios wilsonianos de la posguerra, sino también por la radicalización de los sentimientos patrióticos, de corte cívico y étnico de las clases trabajadoras, que encontraron más sintonía en la propuesta nacionalista que en el socialismo internacional. Se expandía tanto el nacionalismo en las naciones-estados consolidadas como en las naciones irredentas, que luego sería explotado por el fascismo.

El largo y trágico interludio en el que nacionalismo giró sus contenidos y se alejó del liberalismo dio lugar a la aparición de los totalitarismos europeos y la Segunda Guerra Mundial, de lo que hablaremos en el próximo apartado. En las últimas décadas sin embargo la postura antinacionalista que surgió como correlato inevitable del horror de la Segunda Guerra Mundial se fue matizando con el fin de la Guerra Fría y la implosión del socialismo real, cuando estallaron las tensiones nacionales acumuladas durante décadas.

Llegamos así al tercer momento de la relación entre liberalismo y nacionalismo, cuando lejos de desaparecer, como se prefiguraba tras la derrota en la Segunda Guerra Mundial, los nacionalismos volvieron a cobrar auge y a relacionarse de diversa manera con las democracias liberales, en medio de una época dominada por los contrastes.

Así desde fines del siglo XX, en un mundo que aparecía dominado por los procesos de homogeneización vinculados a la globalización, y que algunos pretendieron identificarlo con el fin de la historia, se asiste a una nueva reivindicación de reclamos nacionalistas con diversas motivaciones: desde la defensa de particularismos étnicos, que reivindican identidades regionales frente al avance de culturas globales, como es el caso que data de principios del siglo XIX de los irlandeses católicos, de los vascos o la guerra entre árabes e israelíes; a las reacciones xenóforas, que se manifiestan en países europeos como Austria, Francia u Holanda, o a la lucha contra el opresor externo y el resurgimiento de religiones fundamentalistas, como es el caso de algunos sectores del islamismo.

Actualmente los nacionalismos culturales siguen creciendo en sus reivindicaciones independentistas. Si bien en los inicios de la modernidad se constituyeron los Estados nacionales haciendo caso omiso de las identidades locales, ahora reaparecen como el fantasma separatista que demanda autonomía y gobierno propio. Tentaciones nacionalistas, separatistas, independentistas o

autónomas de diferente magnitud recorren gran parte de Europa donde diversos grupos se ilusionan con un Estado independiente. La dificultad de vivir juntos es todavía más fuerte en los países recientemente independizados o de corta historia política, con situaciones explosivas en los países de la disuelta Unión Soviética, en África y Asia.

En todos los casos se trata de una vuelta de reafirmación de la identidad, como matriz que se afianza frente a lo ajeno, y que no sólo se ha enfrentado a los procesos de globalización económica y cultural, sino también frente a la idea de que la nación fuese sólo un producto de las élites abocadas en la construcción del Estado moderno.

Esto ha dado lugar a la necesidad de replantear los modos de integración de las identidades nacionales, aun en su acepción cultural sin que sea posible ignorar su existencia, pero condicionándolos dentro de las reglas que supone la vigencia de acuerdos políticos democráticos y pluralistas, donde la representación, la deliberación y la inclusión suponen la construcción de órdenes que procuran políticas reales de reconocimiento.

2.2. Nacionalismo «clásico» o fascismo y sus relaciones con la izquierda

En el recorrido de este itinerario es posible observar la relación del nacionalismo con otras corrientes ideológicas. Así como a fines del siglo XVIII la articulación del nacionalismo con las fuerzas liberales confluyó en la liquidación de las viejas formas de organización política del Antiguo Régimen y en la consolidación de las identidades nacionales, reivindicadas definitivamente en la Primera Guerra Mundial, a fines del siglo XIX el deslizamiento hacia la derecha de los nacionalismos significó el abandono de los principios liberales y emancipatorios, para asociarse con fuerzas conservadoras y reaccionarias.

Como señalamos, el sustrato social del corrimiento del nacionalismo hacia la derecha evidenciaba un fuerte recelo frente a las transformaciones sociales del capitalismo y la radicalización del movimiento obrero, y expresaba un reclamo categórico de mayor protección, que encontraba en la concepción de nación integral y étnica un argumento legitimatorio de defensa frente a los embates de la modernidad.

A principios del siglo XIX se comienza a gestar una tradición del nacionalismo organicista alemán que, en palabras de Johann G. Fichte, recuperaba otra idea de

nación, asociada más que a la idea de comunidad política, a la de *pueblo*. Pueblo compacto y preexistente, cuya fragua espiritual se revelaba en la lengua viva. La apelación al pasado y a los sentimientos identitarios sostenidos por la tradición y las costumbres, que dotaban a los pueblos de una cultura común, constituyeron el romanticismo en una cantera de temas para el desarrollo de la literatura nacional, haciendo del nacionalismo un movimiento no ya de élites sino popular.

Esta tradición de nación encontrará eco en los movimientos nacionalistas que emergen a partir de la crisis y posterior *caída del liberalismo*, como señala E. Hobsbawm (1995), cuando la articulación entre soberanía popular y soberanía nacional se conviertan en las nuevas fuentes de legitimidad de las organizaciones de masas, coartando los principios del liberalismo individualista.

La recuperación de estos tópicos de la nación étnica nutrirán los discursos del nacionalismo de derecha. Ya durante el Segundo Reich en Alemania se había convertido en una ideología con características agresivas e antiliberales, que avivaba el mito ario y el peligro eslavo, y resucitaba el prejuicio antisemita (MACRY, P., 1995: 266). Entrado el siglo XX reivindicaría la violencia, el militarismo, el antidemocratismo, el antisocialismo y la xenofobia, pero ya no en sus vertientes conservadoras o reaccionarias atadas a la discusión con la Revolución Francesa, sino en la configuración de lo que se ha denominado *nueva política*.

En efecto, esta *nueva política* implicó nuevas formas de participación colectiva que rompieron con el sistema representativo del parlamentarismo liberal y llevaron a las masas al centro de las instituciones estatales nacionales como sostiene George Mosse (2007). A través de símbolos, mitos y ritos encarnaron en su líder los temores y aspiraciones de una sociedad en crisis. Crearon regímenes de partido único con movimientos revolucionarios de masas que se sostenían a través de la violencia y la ritualización de mitos, tanto en el fascismo, analizado como *la vía italiana al totalitarismo* por Emilio Gentile (2005), como el nacionalsocialismo alemán, que compartía su visión integralista y regeneracionista de la política con sus adláteres autoritarios, como el franquismo español o el salazarismo portugués.

La producción en torno al fascismo sigue siendo fértil. A partir de la consabida interpretación que lo define como reacción alentada o dirigida por el gran capital contra el avance del proletariado, va tomando diversos matices según sus estudiosos: desde la interpretación de anomalía o *infección* de la historia contemporánea de Benedetto Croce, pasando por concebirlo como resultado de la crisis de 1914-18

y reflejo o reacción contra el marxismo de Ernst Nolte, hasta la concepción que lo califica como un fenómeno político y cultural con plena autonomía intelectual, al cual es preciso distinguir del nacionalsocialismo, como sostienen Renzo De Felice y Zeev Sternhell, en oposición a la tesis que incluye al nacionalsocialismo como una especie dentro del fascismo genérico, como sostienen Ernst Nolte y Stanley Payne.

Las tesis de Zeev Sternhell (1994) han tenido bastante difusión y algunas de ellas han suscitado polémica, y daremos cuenta especialmente de ellas. Su afirmación de que el racismo no fue un elemento esencial del fascismo, como sí lo fue su nacionalismo tribal basado en el sentido de pertenencia que comparte con los nacionalismos de fines del siglo XIX, es una idea compartida. En cambio lo que ha suscitado polémica es la identificación de los orígenes del fascismo en la izquierda, que realiza a través de la recuperación de la revisión del marxismo que hace George Sorel, teórico del sindicalismo revolucionario, quien vacía gran parte de los contenidos marxistas quedándose con la fuerza revolucionaria del proletariado. Sternhell rescata la lucha por el *mito de la nación* contra la decadencia de la sociedad burguesa, lo cual lo lleva a confluir con el movimiento nacionalista. Itinerario que confirma la ideología fascista con sus contenidos identitarios: su visión mítica y orgánica de la nación, la primacía de la colectividad sobre el individuo, el rechazo de la democracia liberal, sostenida por Mussolini, quien como militante socialista compartía las ideas del sindicalismo revolucionario, siendo la idea del Estado totalitario producto de un ejercicio de poder, más que una elaboración doctrinaria previa.

En definitiva, para Sternhell se debe comprender al fascismo primero como un fenómeno cultural que rechaza la visión materialista, mecanicista y utilitarista de la sociedad liberal, democrática y marxista y expresa una voluntad de instauración de una civilización heroica y un hombre nuevo, activista y dinámico. Presenta al mismo tiempo una vertiente tradicionalista y un carácter moderno, que captura a los intelectuales y a la juventud agobiada por las estrecheces de la burguesía.

Otro de los componentes que señala como atractivo es su elitismo, que no es social sino espiritual. El mito es la clave de interpretación del mundo, el corporativismo como ideal social da un sentimiento de oportunidad de ascenso y participación a amplias capas de la población, y su secreto encanto consiste en reducir los problemas económicos y sociales a cuestiones de orden psicológico. *Servir a la colectividad, formar un cuerpo con ella, identificar los propios intereses con los de la patria,*

comulgar en un mismo culto los valores heroicos, con una intensidad que desplaza al boletín del voto en la urna. Es una cultura no fundamentada en los privilegios del dinero o del nacimiento sino sobre el espíritu de banda, de camaradería, de comunidad orgánica, por ello Freud saludaba a Mussolini como el *héroe de la cultura*.

Finalmente destaca dos aspectos si se quiere contradictorios. Por un lado cómo el discurso fascista sostuvo un espíritu revolucionario de ruptura con el orden burgués, pero distinguiendo el respeto por la propiedad privada ligada al hombre, del gran capital financiero que reemplaza el trabajo productivo por la servidumbre al interés del dinero. Por otro lado advertía el peligro de su potencial irracionalismo convertido en un instrumento político de movilización de masas y una máquina de guerra contra el liberalismo, el marxismo y la democracia, asociado a un pesimismo cultural y a un culto por la violencia que paradójicamente pretendió constituirse como medio moral regenerador de la civilización que permitiera al hombre alcanzar lo sublime.

Hasta aquí Sternhell. Entre los argumentos que esgrimen sus detractores se ponderan sobre todo la primacía de relaciones que tuvo el fascismo -término en el que incluyen al nacionalsocialismo- con la derecha, tanto liberal como conservadora en sus orígenes, evidenciada en una fuerte crítica al socialismo y a las reivindicaciones clasistas, pero además porque reclutaba más adherentes entre sectores de clases medias y altas que en las bajas, instrumentando políticas que poco tenían que ver con la redistribución.

Avanzado el siglo XX la tradicional antinomia entre nacionalismo y marxismo, tanto desde la tensión teórica como desde la oposición bélica producida tras la ruptura del pacto Hitler-Stalin, se tornará nuevamente complementaria en nuevos horizontes. Esto sucederá con la reacción antiimperialista que desplegaron los movimientos de descolonización en Asia y África. Se delinearon entonces los dos perfiles más contrapuestos del nacionalismo: el que era capaz de llevar y justificar el exterminio del otro, emblemático en el horror del Holocausto, y el de los movimientos de liberación que reivindicaban la lucha por la soberanía de los pueblos oprimidos por el imperialismo, cuyo creciente impulso de movilización de signo nacional, con fuertes filiaciones al socialismo internacional, pretendía construir una alternativa al enfrentamiento bipolar.

Así se desplegaban por un lado los movimientos de descolonización de posguerra en África y Asia, donde Argelia y Vietnam se convertirán en los

paradigmas de la lucha antiimperialista.

Por otro lado, los movimientos de jóvenes y obreros radicalizados, que en Europa y América Latina en la década del '60 dieron lugar a la efervescencia denominada *la primavera de los pueblos*, cuyas reivindicaciones de autonomía revolucionaria antiburguesa quedarán emblematizadas en el Mayo francés, en la invasión rusa a Praga, la revolución cubana o la represión en la plaza de Tlatelolco como intentos por subvertir el orden del capitalismo imperialista floreciente de posguerra. Los '70 verán quebrarse las utopías revolucionarias pero no los contenidos nacionalistas, que por lo menos en América Latina serán reabsorbidos por gobiernos militares de signo totalmente contrario.

2.3. La sinuosidad del itinerario histórico del nacionalismo

En síntesis, las mutaciones del nacionalismo en el siglo XX, en sus versiones de derecha o izquierda, según Hobsbawn, no responden a continuidades sino a rupturas, que no son explicadas desde las vinculaciones internas a la ideología sino en función de contextos sociales y vinculaciones ideológicas. Si el éxito del nacionalismo entre 1870 y 1914 estuvo en su capacidad de proveer identidad social a las clases medias, el apogeo nacionalismo xenófobo de los años '20 será alimentado por la frustración y el resentimiento de los países vencidos en la Primera Guerra, diferenciándose sustancialmente del nacionalismo de origen jaco-bino, de izquierda, que se instaló dentro del proceso de radicalización de los movimientos obreros durante la Primera Guerra y se desarrolló en los países colonizados, produciendo la asociación nacionalismo e izquierda entre 1930 y 1970.

Es evidente que el nacionalismo ha sabido combinarse y acoplarse exitosamente en diversas circunstancias con otras ideologías, a pesar de no ser siempre complementario ni coherente con ellas. Es así porque la idea básica del nacionalismo, en cuanto a la supremacía de la nación subordinante de otros valores, lo convierte por un lado en un elemento inescindible de cualquier proyecto político estatal. Sin embargo hay momentos de tensión que lo vuelven incompatible con los principios individualistas del liberalismo y con los postulados de lucha de clases y el internacionalismo del marxismo.

Intentos de clasificación de las múltiples relaciones ideológicas dan cuenta de la capacidad de supervivencia y adaptación del nacionalismo en sus trayectorias históricas. Así, C. Buchrucker (1999) distingue cinco combinaciones y

especificaciones del nacionalismo: el protonacionalismo de la Edad Moderna que se conjuga con una serie de factores que hacen al desarrollo de los Estados entre 1500 y 1750; la variante liberal democrática que se da en los procesos revolucionarios entre fines del XVIII y mediados del XIX, la tendencia conservadora y restauradora de países como Alemania, Austria, Hungría o Rusia, con su antiliberalismo y su antidemocratismo; la más radicalizada, totalitaria o fascista, que es la forma extrema de la anterior, y por último los intentos de combinar nacionalismo con marxismo-comunista en la Rusia de Stalin o en la Rumania de Ceausescu.

En Hispanoamérica también se perfila el mismo desarrollo sinuoso pero con sus especificidades. Desde la reivindicación de las nuevas nacionalidades revolucionarias y republicanas, que se proclaman como proyecto bajo el signo del liberal del racionalismo ilustrado y que al poco tiempo entrarán en tensión con identidades locales de corte conservador generando los procesos de guerras civiles (SAFFORD, F., 1997). A mediados del siglo XIX la presencia de regímenes nacionales constitucionales liberales y centralizadores de corte elitista consolidaron la configuración de Estados nacionales como punto de llegada del proceso emancipatorio. A fines del siglo XIX dichos Estados bajo la impronta del positivismo lograron conjurar la heterogeneidad cultural de las poblaciones latinoamericanas a través de los procesos de homogeneización en los cuales la educación patriótica, el servicio militar obligatorio y el sufragio tuvieron un rol protagónico en la configuración de la nación y el ciudadano (SABATO, H., 1999).

Ya entrado el siglo XX el nacionalismo cobrará vigor político a través de diversas experiencias militaristas (ROUQUIÉ, A. y SUFFREN, S., 1994) que combinarán elementos tradicionalistas de la cultura con políticas autoritarias. Las experiencias nacionalistas populistas, que incorporaron la participación de las masas en la política acompañadas de procesos de reformas sociales y estatales con las emblemáticas presidencias de G. Vargas en Brasil, L. Cárdenas en México, J. D. Perón en Argentina. En la década de los '60 el nacionalismo encontrará cabida en los movimientos de izquierda que piensan en una vía nacional y socialista como alternativa al mundo de posguerra, siendo la revolución cubana la simiente de estos proyectos frustrados.

En el caso de Argentina la combinación del nacionalismo con propuestas de corte liberal o conservador, con expresiones autoritarias, populistas o socialistas se constituye casi en una presencia permanente aunque subordinada a la hegemonía liberal.

3. Los contenidos de «la nación»

3.1. Superación de la doble tradición y las perspectivas posclásicas

Este oblicuo itinerario del nacionalismo en función de sus relaciones con otras ideologías se complementa con una perspectiva interna que obliga a indagar sobre el núcleo constitutivo del nacionalismo, remitiéndonos a la idea de nación que los distintos nacionalismos reivindican.

Revisitando la pregunta de Ernest Renan acerca de *¿qué es la nación?* y contrastando las experiencias de afirmación de los Estados nacionales modernos producto de las revoluciones liberales burguesas con las experiencias de los nacionalismos autoritarios europeos, es un lugar común discriminar dos conceptos de nación, *nación cívica* y *nación étnica*, de los cuales ya hemos hablado y que definen por un momento la indeterminación del término.

Sin bien gran parte de los estudios que abordan la problemática del nacionalismo remiten de alguna manera a esta doble tradición, generalmente se tiende a negar la dicotomía de los conceptos, planteando una concepción bivalente del término. Una de las visiones que pretende sortear el dilema del origen del significado la presenta Anthony Smith (1997:14) a través de una síntesis integradora, que permite conjugar ambas nociones en la expresión *identidad nacional*:

«La identidad nacional y la nación son constructos complejos integrados por una serie de elementos interrelacionados de tipo étnico, cultural, territorial, económico y político-legal. Representan lazos de solidaridad entre los miembros de comunidades unidas por recuerdos, mitos y tradiciones compartidos, que pueden o no encontrar expresión en Estados propios, pero que no tienen nada que ver con los vínculos exclusivamente legales y burocráticos del Estado. Conceptualmente, la nación ha combinado, en proporciones que varían según los casos, dos tipos de dimensiones: la cívica y territorial, por un lado, y la étnica y genealógica, por otro. Es precisamente este carácter multidimensional el que ha convertido a la identidad nacional en una fuerza tan flexible y duradera en la vida y la política de nuestros días, y el que ha permitido que se fusione eficazmente con otras ideologías y movimientos influyentes sin perder su carácter propio».

En esta síntesis integradora se recuperan aspectos positivos del proyecto nacional, al mismo tiempo que revela la peligrosidad de la exacerbación de sus postulados:

«La condena moral corre pareja con el escepticismo intelectual. En nombre de la ‘identidad nacional’ las personas han estado supuestamente de acuerdo en sacrificar sus propias libertades o recortar las de otros; han estado dispuestas a pisotear los derechos civiles y religiosos de minorías étnicas, raciales y religiosas que las naciones no podían absorber. Las relaciones internacionales, o mejor dicho interestatales, también han resultado perjudicadas. El ideal de la nación, trasplantado a todo el globo desde sus núcleos originarios occidentales, ha provocado confusión, inestabilidad, peleas y terror, especialmente en las zonas donde conviven distintos grupos étnicos y religiones. El nacionalismo, la doctrina que convierte a la nación en objeto de todos los esfuerzos políticos y a la identidad nacional en la medida de todos los valores humanos, ha puesto en cuestión desde la Revolución Francesa la idea de la existencia de una humanidad única, de una comunidad mundial y de su unidad moral. En su lugar, el nacionalismo ofrece una legitimación, mezquina y cargada de conflictividad, de la comunidad política, que no puede evitar enfrentar a las comunidades culturales entre sí, y que, en vista del gran número y variedad de las diferencias culturales, sólo puede arrastrar a la humanidad a una Caribdis política.

«También podríamos enumerar los efectos benignos del nacionalismo: la defensa de culturas minoritarias, el rescate de historias y literaturas ‘perdidas’, la inspiración de renacimientos culturales, la resolución de ‘crisis de identidad’, la legitimación de la solidaridad social y comunitaria, la influencia en los pueblos para que resistan a la tiranía, el ideal de soberanía popular y movilización colectiva e incluso la motivación para realizar un crecimiento económico autosostenido. Cada uno de estos efectos podría atribuirse a las ideologías nacionalistas con la misma plausibilidad que las perniciosas consecuencias que mencionan sus críticos. No se podría ofrecer un testimonio más impactante o revelador del ambiguo poder de la identidad nacional y el nacionalismo, o de la gran relevancia -para bien o para mal- que han tenido para mucha gente en la mayoría de las regiones del mundo actual» (SMITH, A., 1997: 16).

Utilizamos la transcripción para poner en evidencia el intento de desmitificar la dualidad con que se encaró el tema, y destacar que el nacionalismo posee efectos benéficos y maléficos, sobre los cuales es preciso identificar las voluntades políticas y factores históricos que se conjugan en el desencadenamiento de los dispositivos que el nacionalismo supone.

Esta idea de Smith abre las puertas a la idea de nación plural, que rescata los

derechos de las diversas identidades que componen la nación y les quita énfasis a mitos e historias nacionales, adhiriendo a la concepción que se ha denominado pluralista⁴. Concepción que no es compatible con paradigmas organicistas donde el orden social prima sobre los derechos individuales y la tolerancia, sino con criterios democráticos donde la identidad es considerada en primera instancia como individual y cívica.

Esta propuesta puede ser convergente con la de Jürgen Habermas (2000), quien a propósito del renacer de los nacionalismos y la integración europea propone hablar de conciencia nacional y no de nacionalismo, pues este término le recuerda el sentido etnocéntrico y de superioridad cultural que planteaba el alemán Carl Schmitt (1932-1991) cuando entendía a la política como afirmación nacional contra enemigos externos e internos. La preocupación de J. Habermas, la construcción de un futuro democrático, implica un reconocimiento positivo de lo que considera conciencia nacional. Propone su extensión hacia una solidaridad supranacional para constituir una ciudadanía europea, dispuesta incluso a una distribución de riquezas que supere los regionalismos y las solidaridades nacionales. Habermas niega el derecho de autodeterminación en función de identidades nacionales étnicas, en tanto y en cuanto sean reconocidos sus derechos en forma igualitaria a los del resto de los miembros de la nación, sólo justifica la separación del Estado nacional en caso de discriminación de minorías nacionales.

Dominique Schnapper (1995), desde su interés por el multiculturalismo, defiende la propuesta de construir naciones democráticas, siempre y cuando tengan como base la nación social, sin exclusiones en cuanto al ejercicio de derechos, pero fundada más que en la obligación jurídica, en el vínculo social. La nación moderna, para la socióloga y consejera constitucional francesa, debe ser esencialmente una nación cívica, ya que la nación política, en su forma estatal histórica, no necesariamente permanecerá, siendo la comunidad nacional la que puede trascender hacia la comunidad europea.

Diferente es el caso de la sociedad estadounidense, con su experiencia de integración de inmigrantes a través de la adaptación a la cultura y valores americanos pero conservando las de origen. Esto les permite funcionar dentro

4 La propuesta Ramón Máiz de un nacionalismo plural y federal supone, con sus matices, una progresión en la propuesta de Smith. Cfr. *La frontera interior, El lugar de la teoría de la democracia y el federalismo*. Tres Fronteras, España (2008). (Agradezco a Alejandro Belmonte el acceso a su obra).

del sistema sin una pérdida total de su identidad, y convierte a Estados Unidos en modelo integracionista, más que multicultural, pues este último implicaría incluir la biodiversidad y una ética intercultural que sostenga el diálogo entre las diversas culturas⁵.

De todas maneras el modelo del nacionalismo norteamericano es atípico y puede caracterizarse a través de lo que Carlos Floria (1998: 28 y ss.) dice que es el credo nacional: *el amor al país a causa de la libertad y la democracia*. Detrás de esa fórmula se encuentra una tensión entre tres líneas que pretenden describir la especificidad del nacionalismo americano: *el liberalismo cosmopolita, el nativismo y el multiculturalismo*. El primero constituye una de las creencias fundamentales de las élites fundadoras, al asentar su principio legitimatorio en la nación cívica y los principios del liberalismo. Esta noción será cuestionada a partir de las sucesivas olas inmigratorias, que darán paso a otro nacionalismo, que más que cuestionar el *mito nacional*, pondría en tela de juicio la política asimilacionista de Estados Unidos, sobre todo con los inmigrantes no europeos. El nativismo será una definición restrictiva de la nacionalidad americana, al afirmar que sólo los anglosajones poseían las cualidades morales e intelectuales requeridas por la ciudadanía democrática americana⁶. El tan mencionado *melting pot*, la capacidad de absorción cuestionada por los nativistas, recién galvanizará después de la Segunda Guerra Mundial por la posición antifascista y anticomunista que erige a Estados Unidos en portadores de los valores del *mundo libre*.

En relación con la tercera línea, a la que Floria denomina multiculturalismo, tiene sus inicios en los *movimientos de derechos civiles*: el *black power* de los años '60, y se continúa con los activistas hispanos que lograron sus derechos a una educación bilingüe y avanzaron como una ideología que pretendía oponerse al asimilacionismo y proponer la idea de mosaico cultural, en lugar de *melting pot, salad bowl* (en vez de puré, ensalada).

Algunos autores advierten que esta concepción de multiculturalismo parece tener que ver más con un movimiento centrípeto de la idea de identidad étnica que con la concepción de pluralidad cívica como pretende el discurso multiculturalista

⁵ En cambio, la experiencia canadiense se encamina a fomentar la polietnicidad más que el integracionismo y estaría más cercana de constituirse en el ejemplo de la propuesta multiculturalista, que lo que ha sido el *melting pot* americano (CORTINA, A., 1997).

⁶ La historia del nativismo es de larga data, puede situarse desde las leyes racistas de 1882 que prohibían la inmigración china y establecía derechos diferenciales con los negros, hasta las cruzadas protestantes o el antisemitismo, el Ku Klux Klan.

europeo, por lo cual puede tender hacia posiciones tanto antiliberales como antinacionales que tendrían efectos desintegradores en la comunidad americana.

3.2. Los orígenes de la nación: ¿preexistencia o invención?

Ahora bien, la cuestión de la nación no se agota en la discriminación o confluencia de sus componentes étnicos o políticos, sino que dicha problemática se extiende en la historia al conflictivo problema de los orígenes. Esta cuestión volvió a cobrar auge a partir del trabajo seminal de Benedict Anderson *Comunidades imaginarias*, en 1983⁷, donde postulaba los orígenes de la nación en términos de *invención*, sosteniendo la artificialidad de las identidades nacionales como un producto cultural.

Las interpretaciones que al respecto han hecho diversos autores agrupados por tradiciones conocidas como constructivistas y genealogistas han dado lugar a un prolífero debate. Mientras los primeros aseguran que fueron los Estados modernos los que crearon las naciones tal como las conocemos, los segundos entienden por el contrario que los Estados son producto de la existencia previa de las mismas.

Dentro de esta polémica acerca de los orígenes subyace otra, que establece la relación entre nación y Estado, términos usados equívocamente a lo largo del siglo XIX, que no han dejado de provocar el intento por establecer la prioridad temporal de uno sobre el otro. En efecto, los genealogistas dan cuenta de la existencia del Estado en virtud de una nación precedente a la que el Estado moderno representa, mientras que las corrientes antigenealogistas focalizan en la génesis de la idea de nación los mecanismos utilizados por los Estados modernos posteriores a la Revolución Industrial y a la Revolución Francesa, con el fin de construir una fuente de legitimación de su poder, desmontando toda concepción «natural» de nación y acentuando el carácter histórico, artificioso y contingente de la misma.

Estas posiciones antigenealogistas, si bien dominantes en la producción de los últimos veinticinco años, son tributarias de la idea de que el nacionalismo ha dejado de ser el vector principal del desarrollo histórico para dar lugar al desarrollo del ecumenismo, en el que J. Habermas sería uno de sus principales voceros.

7 En efecto aparecieron a partir de entonces en el debate los siguientes textos: *Nations before nationalism* (1988), de J. A. Armstrong; *Nationalism and State* (1983), de J. Breuilly; *Nations and Nationalism* (1982), de E. Gellner, A. Smith; *Nationalist Thought and the colonial World* (1983), *Social Preconditions of National Revival in Europe* (1985), M. Hroch; *The Ethnic origins of nations* (1986), P. Chatterjee; *Nations and Nationalismsince 1780* (1990), de E. Hobsbawm, y *Nationalism* (1984), de E. Kedourie.

A los efectos de delimitar estas cuestiones en forma simplificada podemos decir que los cultores de la concepción genealógica, en la que se incluyen los mismos nacionalistas, adhieren al concepto de *nación cultural o etnográfica* como fundamento del nacionalismo. Para esta tradición, la nación hunde sus raíces en el pasado de los pueblos que se constituyen a través de la lengua, la cultura, la sangre y el suelo en una entidad con pasado, presente y futuro comunes con fuertes componentes afectivos fundados en sentimientos de filiación que, advierten sus críticos, guardan en su seno una latente peligrosidad en sus posibles derivaciones chauvinistas, racistas y agresivas.

Mientras que los cultores de la tradición antigenealogista, voluntarista o constructivista buscan sus raíces en la tradición francesa acudiendo a la idea de *nación revolucionaria* del abate Siéyès, y la de *plebiscito cotidiano* de Ernest Renan, entendiendo que la nación es un acto político voluntario, que permite la adscripción reflexiva y no determinada por nacimiento a la comunidad política, a sus leyes y al Estado, dando lugar a una perspectiva cosmopolita, universalista y pacifista de fuertes contenidos racionalistas.

La idea de una filiación unívoca del término nación en realidad no estaba presente ni siquiera en los mismos *padres fundadores*. En efecto ni Ernest Renan (1957:39-40) desdeñaba el valor de la herencia y la importancia de la continuidad, aludiendo a la nación como *un rico legado de recuerdos o la culminación de un largo pasado de esfuerzos sacrificios y devoción*, ni Johann G. Herder, inspirador del movimiento *sturm und drang* (*tormenta e impulso*) del prerromanticismo alemán, negaba como fondo de las naciones una comunidad del género humano⁸. Sin embargo la filiación con la tradición política o cultural siguió siendo el eje de la reconstrucción del proceso histórico político e ideológico del nacionalismo.

3.3. Las versiones antigenealogistas

Entre las versiones antigenealógicas del siglo XX la tradición anglosajona iniciada por C. Hayes (1931 y 1966) y H. Kohn (1944) y seguida por E. Kedourie (1984) fue la que propuso un abordaje amplio del nacionalismo reconociendo la doble tradición, francesa y alemana/italiana, en la génesis y dinámica del nacionalismo.

Ya los primeros autores señalaban cómo el sentido religioso tan intenso de la Edad Media era recuperado en la modernidad por el nacionalismo, así como la

reconstrucción de una historiografía interpretaba los hechos del pasado con un sentido metafísico. En efecto estas historiografías de la modernidad retomaron tópicos del Renacimiento y la Reforma: la reconstrucción de modelos arquetípicos, como Roma, Grecia y la historia del pueblo hebreo, portadores de valores específicos, conciencia histórica y sentido de misión, además de la heroicidad de sus antepasados.

H. Kohn en particular postulaba la aparición de las naciones juntamente con el surgimiento de la sociedad moderna. Las políticas de las élites que dirigían a los nuevos Estados centralizados tenían como objetivo recuperar elementos del pasado como el territorio, el idioma y la descendencia y constituirlos en fuente de lealtad en el presente. Sin embargo, abría una serie de disquisiciones cuando comparaba las experiencias históricas europeas.

Distinguía entre el proceso francés, donde la burguesía fue la portadora de este nuevo contrato de legitimidad; del nacionalismo cultural inglés, definido en los términos tradicionalistas de Edmund Burke (1790) de reacción patriótica. También diferenciaba el nacionalismo cultural alemán, que se inicia con la reacción romántica de Herder, Fichte y Schelling, frente al militarismo bonapartista francés, pues el primero se sostenía en los lazos de fidelidad y status que sustituyeron el concepto legal de ciudadanía francés por el de *volk*.

Además, sostenía estas diferencias en el señalamiento de los procesos sociales que acompañaron las configuraciones estatales. Mientras que en Francia la burguesía, portadora de la idea de nación, venía trabajando en un proceso de autonomización de los lazos de dominación, en Alemania fue la aristocracia, los *junkers*, quienes desde arriba integraron a las masas, a través del sentimiento religioso y el fervor vital, al proceso de centralización estatal.

En esto de encontrar elementos de ambas distinciones de nación en la misma corriente antigenealogista, Isaiah Berlin (1986) destacaba que la idea del nacionalismo alemán abrevaba en el nacionalismo cultural, aunque sin desconocer las condiciones sociales propias del hundimiento de los valores tradicionales y las consecuencias de la industrialización. En efecto, para Berlin el nacionalismo era algo más que un sentido de pertenencia, se trataba de una reacción protectora, resultado de un orgullo herido y humillado que generaba reacción entre los sectores

8 Para las delimitaciones de tema puede verse Blas Guerrero, Andrés de, *Enciclopedia del Nacionalismo*. Madrid, Alianza (1999). Bobbio, N., Matteucci, N. y Pasquino, Gianfranco (1987-88).

más concientes de esa sociedad.

Sin embargo, esta afirmación no implicaba que las reacciones chauvinistas fueran monopolio exclusivo del nacionalismo alemán, pues cabe recordar que las mismas encontraron una clara expresión tanto en las ideas ilustradas de *atraso y civilización*, como en la proyección imperialista del nacionalismo francés que, como señala H. Kohn, encontró cabida no sólo en los jacobinos y en la Grande Armée de Napoleón, sino en las masas de gran parte de Europa en 1914. En efecto, la mayor parte de los nacionalismos, revolucionarios, imperialistas y movilizacionistas han sido intolerantes.

Ahora bien, la posición que niega el origen étnico como sustrato inmemorial de la nación encontró nuevos divulgadores en Benedict Anderson (1983), Ernest Gellner (1985) y Eric Hobsbawm (1990), quienes con diversas argumentaciones postularon que la nación no tenía una existencia objetiva fenomenológica fuera de las representaciones sociales *imaginadas, construidas e inventadas* a partir de los procesos de modernización y centralización del poder estatal.

Benedict Anderson (1983) sostiene la dimensión subjetiva y el carácter histórico de las representaciones de nación. Considera a la nación compuesta por *artefactos culturales de una clase en particular, creados a fines del siglo XVIII*, cuya existencia se consolida gracias a los procesos de expansión de lenguas oficiales a través de la imprenta capitalista. La nación para Anderson es una *comunidad* porque se concibe como un compañerismo profundo horizontal, *imaginada* porque vive en la mente de cada uno, *inherentemente limitada* porque todas tienen fronteras finitas, ninguna nación se imagina con las dimensiones de la humanidad, *y soberana* porque nació en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico, jerárquico, divinamente ordenado.

Estos contenidos son entendidos como *un modular capaz de ser trasplantado*. He aquí el reconocimiento que se hace del *regalo que Europa le hizo al resto del mundo* al trasladarlos a través de mecanismos vehiculizados por *el capitalismo impreso*, como la novela y sobre todo el periódico. Para el nacionalismo anticolonial, el censo, el mapa y además el museo sostienen el sentido de pertenencia a la *comunidad imaginada*. Estos artefactos materializan, con distintos grados de conciencia, la percepción social de la existencia de vínculos subjetivos horizontales a través de la lengua compartida.

Ahora bien frente a lo que Anderson considera el problema central planteado por el nacionalismo: ¿qué es lo que hace que genere sacrificios tan colosales? La respuesta la encuentra en el emblema del nacionalismo: *las tumbas de los soldados desconocidos*, que representan la fuerte afinidad de la imaginiería nacionalista con imaginierías religiosas y se explican como una consecución sustancial.

A fines del siglo XVIII, el surgimiento del nacionalismo fue paralelo al crepúsculo de los modos de pensamiento religioso, cuya lógica explicativa transformaba la secular fatalidad en continuidad y la contingencia en significado.

En efecto, mientras se concede generalmente que los Estados nacionales son *nuevos e históricos*, las naciones a las que dan una expresión política presumen siempre de un pasado inmemorial. La magia del nacionalismo es la conversión del azar en destino. No es que el nacionalismo suceda históricamente a la religión, sino que el nacionalismo debe entenderse alineándolo no con las ideologías políticas conscientes, sino con los grandes sistemas culturales que lo precedieron -la comunidad religiosa y el reino dinástico-, de donde surgió por oposición.

Reconoce Anderson distinciones entre nacionalismos populares y reaccionarios, pero los percibe como procesos acumulativos, no como expresiones desvinculadas entre sí, sino como etapas relacionadas con su precedente. Enfatiza la diversidad de experiencias contemporáneas, haciendo referencia a los procesos de constitución de las naciones americanas, en los que advierte cómo las organizaciones administrativas del orden colonial constituyeron un sentido identitario para las élites revolucionarias locales, así como la idea de república proporcionaba un contenido construido y popular que se contraponía al *nacionalismo oficial metropolitano*. Sin embargo, no subsume los nacionalismos oficiales a la matriz de cuño reaccionario, sino que advierte en ellos las posibilidades de nacionalismos liberales, pero los distingue valorativamente de los modelos nacionalistas populistas que acompañaron los procesos de independencia. Tanto los americanos como los movimientos de descolonización de posguerra son nacionalismos que reaccionan contra los imperiales, aunque pueden también convertirse en oficiales a través de sus políticas de homogeneización.

De esta manera, Anderson establece un *continuum* histórico, aunque axiológicamente diferenciado: mientras que el nacionalismo popular aparece como el depositario de una fuerza legítima: el amor a la patria, el nacionalismo reaccionario, producto de las ambiciones imperiales de los Estados o de la lucha de clases, es

responsable de las patologías que conducen a la exclusión y a la guerra.

Las críticas a Anderson al menos desde la historia no fueron pocas. J. C. Chiaramonte (1994: 177-179), sin negar la atracción de su interpretación y su fácil lectura, percibe los *insólitos esquematismos, información de valor dispar e injustificable, ligereza en el manejo de los datos, fundamentos endebles que opacan el valor* de la noción de invención de las naciones. Sin ser verdaderamente innovador en su planteo, Chiaramonte da cuenta de su ignorancia respecto de ciertos temas, como cuando afirma la existencia de nacionalismo hispanoamericano previo a la independencia, confundiendo las identidades americanas y locales con las posteriores identidades nacionales, también señala el descuido de la función que cumplió el nacionalismo como remplazo de la legitimidad dinástica.

Otro cuestionamiento más elíptico proviene de T. Halperín Donghi (2003:34), quien advierte que si el patriotismo revolucionario en Argentina pudiera ser considerado como precursor del nacionalismo, no sería del tipo que estudia Anderson, sino del que identifica la causa de la nación con la de una facción política y excluye implícitamente a otras de la comunidad nacional.

Desde un terreno sociológico y antropológico E. Gellner (1998), convertido en un clásico de la tradición antigenealogista, plantea cómo la idea de nación, producto de los nacionalismos, hunde sus cimientos en los procesos de modernización que siguieron a la Revolución Industrial, y cómo los Estados se constituyen en los únicos garantes de las demandas nacionalistas.

Para Gellner el nacionalismo es parte entonces del mundo contemporáneo, es una creación de los Estados y de los nacionalistas y es el destino inevitable del mundo moderno. Su demostración parte del análisis del pensamiento nacionalista para quien la semejanza cultural es un vínculo social básico, condición necesaria para pertenecer a un grupo y principio sobre el que se asienta la legitimidad de la autoridad. Esto es lo que se ha definido como nación en términos de cultura compartida.

Para los nacionalistas es *natural* y por tanto no requiere de explicación que la gente quiera vivir con los de su grupo y ser gobernada por ellos mismos y no por extranjeros. Los nacionalistas no aceptan que esto sea una teoría discutible, sino que solamente buscan explicaciones para dar cuenta de la ausencia de nacionalismo en distintas épocas y realidades históricas y para ello usan la expresión

despertar: despertar de la identidad nacional y de los imperativos políticos que ésta comporta: la necesidad de proteger la cultura nacional dotándola de un Estado protector, la necesidad de desenmascarar, neutralizar y expulsar a los extranjeros que aspiran a destruir y envilecer la cultura. El despertar nacional constituye una forma de despertar espiritual. El adormecimiento del nacionalismo en el mundo real es alentado y provocado por sus enemigos que se benefician acrecentando su poder. Ésta es una de las doctrinas esenciales que se constituyen en mito, pues la gran mayoría de los grupos culturales identificados por su lengua renunciaron a constituirse como Estados independientes.

La teoría de Gellner pasa por demostrar que el nacionalismo aparece como correlato de determinadas condiciones sociales. Producto intelectual de la Ilustración y derivadas de la industrialización y de la compleja forma de organización del trabajo, que si bien aprovecha la riqueza cultural heredada, sus condiciones de despliegue se basan en la búsqueda de riqueza y el crecimiento económico, la innovación tecnológica y la movilidad ocupacional, así como las políticas de alfabetización. Se trata de una teoría que reduce el sentimiento nacional a la condición de manifestación emotiva de preocupaciones sociales. Si bien no niega la intensidad y franqueza de ese sentimiento, busca una explicación no intrapsíquica, sino relacionada con condiciones sociales que no son universales.

Entra de esta manera en el debate entre primordialistas y modernos, el cual se centra en la siguiente pregunta: el sentido de etnicidad, la identificación con una nación y la expresión política de esta apasionada identificación ¿constituyen algo antiguo y presente o por el contrario son algo moderno, un corolario específico de nuestro mundo reciente? «La creencia popular de sentido común defiende la antigüedad de la nación y el sentir nacionalista, mientras que los pensadores modernos, deseosos de aplicar la ciencia al ámbito de lo social, defienden la tesis creacionista. Creemos en la ‘creación de naciones’ no en una semana sino más o menos en un par de siglos. El nacionalismo es un fenómeno moderno porque tanto el poder como la cultura son algo perenne, aunque es en la época moderna donde se relacionan de un modo nuevo, que es lo que engendra el nacionalismo» (GELLNER, E., 1998: 161).

Desde un planteo histórico, volvemos a la necesaria relación con contextos e ideologías que explican mutaciones, donde la referencia obligada es Eric Hobsbawn (1993), quien descarta la posibilidad de una definición de nación en sí y reconoce distintas instancias en que el término ha condensado significaciones diferentes. La

primera de ellas, vinculada al proceso revolucionario, se fundaba en la ecuación radical democrática: pueblo-nación-estado, que luego durante el siglo XIX adapta a las postulaciones liberales burguesas acerca de la necesidad de configuración de Estados nacionales viables que condujeran finalmente a la unidad de la humanidad. Para Hobsbawm si bien la aparición del nacionalismo como ideología utiliza sentimientos de pertenencia colectiva, a los que denomina *protonacionales*, éstos fueron explotados desde el ámbito estatal a fin de reforzar esas representaciones de pertenencia identitaria. Los procesos de *ingeniería ideológica* utilizados desde el Estado proveyeron a ese sentimiento difuso criterios centrales para la definición de nación: comunidad de lengua y cultura, historia compartida y origen étnico.

3.4. Limitaciones y tensiones del antigenealogismo

Ahora bien, creemos necesario remitir esta perspectiva antigenealógica a una tradición que atraviesa diversas disciplinas, preocupada por comprender las relaciones entre imaginación y realidad. Releer a C. Castoriadis (1993) (1975) y recordar que su tesis sobre el *imaginario social* tiene su anclaje no sólo en la sociología tradicional de Émile Durkheim y de Max Weber, en el convencimiento de que el pensamiento social construye la realidad, y de que las representaciones sociales sostienen gran parte del mundo cultural. Baste para ello señalar los desarrollos pioneros provenientes de la antropología con Levy Strauss, Malinovsky y Balandier sobre la importancia del mundo simbólico en la relación entre el mundo físico y social, así como la propuesta de *descripción densa* de C. Geertz (1988), para entender que gran parte del mundo social y político se constituye en función de orden simbólico. Además de no poder ignorar el aporte que desde la psicología hace Lacan y su desarrollo del *imaginario entendido como los efectos simbólicos sobre lo real*, para dar cuenta del mundo compartido⁹ al que Anderson y otros remiten como argumentación central, sin citarlos.

Transcribir a Castoriadis puede acercarnos a su propuesta de imaginario como instituyente de la realidad y a la idea de nación como un componente de ese imaginario que permite comprendernos a nosotros mismos con relación a la valoración de un pasado que sólo se hace significativo en función de un presente.

La sociedad crea a través del imaginario efectivo su propia identidad presente como un *nosotros* y cuando se hace referencia a las colectividades históricas se comprueba que «el nombre utilizado no se limita a denotarlas, o simplemente describirlas, sino que al mismo tiempo las connota -y esta connotación remite

a un significado imaginario-. La nación... cumple esta función de identificación mediante una referencia... imaginaria a una 'historia común'... que es en gran parte mítica. Es decir no es real o racional sino imaginario, pero en definitiva se muestra más sólido que todas las realidades... Que el nacionalismo sea una mistificación ¿qué duda cabe? Que una mistificación tenga unos efectos tan masiva y terriblemente (...) ese es el problema» (CASTORIADIS, 1993: 256-257).

Para el autor cada sociedad se define y elabora una imagen del *orden del mundo*. En ella *se construyen culturalmente sus necesidades sociales*, necesidades que no responden sólo a razones racionales o utilitarias, sino a una interacción compleja de una *multitud de factores* (disponibilidades naturales, posibilidades técnicas, estado histórico, juegos de simbolismo y otros) pero sobre todo *la investidura del objeto con un valor que crea una rareza, un sentido cultural, y ordena, jerarquiza y clasifica en función de valores culturales que no se desprenden necesariamente de datos naturales* (Ibídem p. 258-260).

«Lo real de la humano es solamente en tanto objeto de conocimiento... las relaciones entre individuos y grupos, comportamientos, motivaciones no son solamente incomprensibles, son imposibles por sí mismas, independientemente del imaginario. Lo que interesa de la historia es su alteridad auténtica... pero en tanto absoluta esa alteridad se diluye... se reintegra en la consideración de la historia de nuestro proyecto de elucidación teórica del mundo... la elucidación que emprendemos es finalmente interesada para nosotros» (Ibídem p.280-285).

Imaginación como componente inescindible para la comprensión de la realidad, reinterpretación del pasado como condición para comprendernos diferentes en el presente, parecen -más que patrimonio del nacionalismo- consideraciones indispensables para un proyecto de hacer en el mundo más que padecerlo.

Pero además de contextualizar las explicaciones antigenealogistas en una tradición que las contiene y excede, para una adecuada comprensión es necesario indicar sus elementos contradictorios y las debilidades de su argumentación, de manera de abrir nuevas posibilidades para reflexionar acerca de los orígenes, contenidos y supervivencias de de la idea de nación.

Entre las debilidades de las argumentaciones modernistas o constructivistas como también se las llama, se señala en primer lugar el supuesto deseado, aunque no confirmado por los desarrollos históricos, acerca de que los nacionalismos así

9 Esta perspectiva es señalada también por Lvovich, D, (2004).

como fueron producto de condiciones históricas de la modernidad, desaparecerían, dando lugar a la emergencia de la humanidad, cosa que parece estar lejos de ocurrir ante el despertar de nuevos nacionalismos.

Al mismo tiempo el relevamiento empírico de experiencias extraeuropeas y americanas propia de los estudios poscoloniales cuestiona la generalización de la asociación ente nación y modernidad dando lugar a experiencias disímiles que hacen poco creíbles y serias las posibilidades de generalización.

Además existen dificultades para delimitar conceptualmente la concepción moderna de nación y distinguirlas tanto de las formas precedentes de identidad colectiva, como de los nuevos nacionalismos emergentes. Correlativamente se detectan incongruencias en los criterios que se utilizan para responder acerca de los procesos de deslizamiento, mutación o reconfiguración de los nacionalismos y sus componentes.

Finalmente, podemos decir que los embates contra los *excesos del antigenealogismo* habrían llegado a un punto de *empate*, donde si bien los constructivistas han logrado desmontar los presupuestos genealogistas, no han podido sortear los escollos que los unen al destino de sus contrincantes.

Es más, un trabajo de Elías Palti (2002) pretende demostrar a través de un cuidadoso estudio filológico contextualizado -siguiendo en parte los preceptos de la escuela de Cambridge representada por Q. Skinner y J. Pocock, no tanto por la búsqueda del origen de los términos sino en el relevamiento de sus diversos significados- cómo los dispositivos argumentativos de ambas tradiciones pretenden fundarse en evidencia empírica, cuando en realidad son producto de redes discursivas con fuertes elementos míticos ligadas conceptualmente.

Entre los objetivos de la propuesta de Palti no sólo está analizar el discurso genealógico de la nación y cómo comienza a revelar sus aporías dando lugar a la hegemonía de la corriente antigenealogista que domina el siglo XX. Pretende también mostrar la falta de correlación existente entre los momentos de ruptura o cambio en los contenidos de la idea nacional: tanto entre la idea previa de nación al nacionalismo del siglo XIX, como las ideas del romanticismo con las del nacionalismo del siglo XX.

Es más, alcanza a dar cuenta de las fisuras o equívocos de la tradición antigenealogista, tanto del carácter difuso del período que abarca la modernidad,

pues mientras algunos indican el origen de la conciencia nacional en el siglo XVI y otros la adjudican al siglo XVIII; como por la ambigüedad que implica pretender distinguir entre la existencia de sentimientos patrióticos protonacionales¹⁰ -que en Anderson corresponderían con lo que denomina *existencia de vínculos subjetivos horizontales*-, y el nacionalismo del siglo XIX (PALTÍ, E., 2003: 22).

Entre otros puntos ciegos de sus supuestos, está el tema de que toda identidad colectiva remite a un *origen ficcional o inventado*, como ya argumentamos con Castoriadis. Rasgo ficcional que por otra parte la teoría angloamericana de la ciudadanía no se esfuerza en ocultar. Por el contrario, la ficción del contrato entre individuos es un supuesto previo *inocente*, a diferencia del nacionalismo que no puede ser explicado más que como una narración *a posteriori* de un proceso de lucha, en la cual la violencia desplegada suele ser sacralizada, para evadir la carga de culpa que conlleva.

En definitiva ambas tradiciones argumentan elementos ficcionales en la narración sobre los orígenes y construcción de los Estados nacionales, tal como es advertido por Foucault, M., (2000 p. 217) cuando afirma que *la guerra de razas que configura los orígenes de la era moderna* fue eliminada del análisis histórico por el principio de unidad nacional.

4. Los nacionalismos hoy

Finalmente, creemos necesario mencionar algunas cuestiones que hoy se plantean frente al resurgimiento de fenómenos identificados con el nacionalismo.

En primer lugar parece evidente que el proceso de globalización hubiera acentuado los rasgos diferenciales de las comunidades, sin embargo para algunos autores se trata de una cuestión imaginada en su sentido más débil, pues no parece comportar en algunos casos más que una liturgia étnica carente de la experiencia de destino compartido.

Otros analistas en cambio prefieren asociar este resurgimiento del nacionalismo con la aceptación de que el nacionalismo tiene vida propia, más allá de si logran ser incorporados en construcciones culturales y proyectos políticos. M. Castells (2000), por ejemplo, pretende rebatir la tesis del nacionalismo como comunidades imaginadas o producto de la modernidad, cuestionando el dispositivo analítico de Gellner, que asocia los nacionalismos con las políticas del Estado moderno, lo

¹⁰ Por ejemplo el término *natio* utilizado en la Edad Media, que implicaba una noción de pueblo particular por su lengua, leyes, hábitos, modos de juzgar y costumbres.

cual le parece no sólo un anacronismo sino una postura etnocéntrica. También deslegítima la idea de que el nacionalismo sea una construcción de las élites, ya que en muchos casos ha aparecido como reacción popular antielitista. Su caracterización es más amplia e incluye una serie de actitudes que sobrepasa una visión lineal del fenómeno. En general, advierte que son movimientos más reactivos que proactivos, más culturales, en defensa de una cultura propia, que políticos, en defensa del Estado, y que su accionar se identifica con la deconstrucción de Estados multiculturales o la construcción de Estados plurinacionales, más que con la asociación a la defensa de los Estados nacionales.

Sin embargo a pesar de las críticas a las lecturas fuertes y simplificadoras del antigenealogismo, el postulado de que las naciones hispanoamericanas han sido producto del proceso de construcción y consolidación de los Estados ha tenido una fuerte incidencia en la historiográfica argentina, que ha revisado las premisas «naturalizadas» de institucionalización de las naciones preexistentes. En el marco de los procesos de modernización hispanoamericanos y europeos, a través de autores de ineludible referencia como Francois Javier Guerra, José Carlos Chiaramonte o Hilda Sabato, se ha dado cuenta de cómo los procesos de construcción política de los nuevos Estados modernos se asentaron en una doble identidad, local y americana, y que sólo a fines del siglo XIX fijarían los límites y contenidos de la nación dentro de los márgenes dibujados por las fronteras territoriales.

Estos abordajes de los procesos de construcción de la nación también se han desarrollado en los estudios sobre descolonización de posguerra, en una reedición de las tan mentadas importaciones de *pensamiento foráneo* o *matrices eurocéntricas*, como se prefiera llamarlo. Sin embargo, los estudios denominados poscoloniales, sostenidos por una serie de migrantes del tercer mundo -que pretenden insertar su propia problemática en el ámbito académico, sobre todo norteamericano- como H. Bhabha, P. Chatterjee, B. Parekh, a través de la crítica y reinterpretación de la historia de la Ilustración, describen cómo las concepciones creadas en la modernidad -la idea de libertad, individualismo, derechos, representación entre otras- fueron utilizadas en el mundo colonial para ir contra ellas en la administración impuesta.

Para los poscolonialistas la cuestión de la nación es una cuestión liminal, no central, en el sentido que se define por los bordes: por un lado las fronteras que separan una nación de otra y por otro el debate interno que se produce para definir su sentido dentro de los antagonismos sociales, constituyéndose la nación como una forma ambivalente y contenciosa. Lo que predomina, bajo la nominación de

aspiración nacionalista que implica un sentido de unidad sin que muchas veces lo sea, es una lucha por la autonomía a través de la supervivencia contra la dominación.

Esa lucha recoge la condición de ambivalencia, producto de una situación traumática de escisión -requisito de la sujeción- que recorren las experiencias coloniales y los emigrantes. P. Chatterjee (1986) lo explica cuando afirma que el anticolonialismo existe antes de convertirse en proyecto político, pues forja su espacio de soberanía dentro del orden colonial, donde el mundo de las instituciones y prácticas se divide en dos campos: el material económico-científico, donde Occidente es superior y en el cual Oriente debe invertir para alcanzarlo, y el campo interior, espiritual que constituye la esencia de la identidad cultural: el campo nacional al que hay que preservar.

Así, el nacionalismo pervive tanto como fuerza integradora que legitima los Estados como fuerza diferenciadora dentro las fronteras interiores de los Estados plurinacionales, así como en sus márgenes.

5. Consideraciones finales

Ni genealogistas o antigenealogistas terminan de configurar desde la teoría una explicación definitiva del fenómeno. Para salir de la antinomia A. Smith (2000) se preguntaba: ¿en qué medida la nación étnica y, por ende, el pasado determinan la comprensión de la nación y los nacionalismos? Intentaba entonces discriminar una serie de posiciones a partir de las cuales reconstruir una fórmula ecléctica que pudiera ser un esquema móvil de interpretación, aunque cuestionable ciertamente para los que niegan cualquier preexistencia del pasado. Sintéticamente sería así: para los *nacionalistas*, la nación está en el pasado y sólo se trata de recordarlo, mientras que para los *perennealistas* si bien la nación está en el pasado, es posible reconstruirla seleccionando lo mejor de ese pasado inmemorial. Por otro lado, para los *modernistas*, la nación es producto de la sociedad industrial, pudiendo o no acudir al pasado étnico para construir las naciones, mientras que los *posmodernistas* afirman que el presente es que el que crea el pasado a su propia imagen y de esa manera inventan la comunidad política imaginaria: la nación.

La solución consistiría en equilibrar la influencia del pasado étnico con el de la actividad nacionalista, se trataría de que el nacionalismo o los nacionalistas operen como un arqueólogo político: redescubrir y reinterpretar el pasado, seleccionando en función de criterios compatibles entre las demandas ideológicas del nacionalismo,

la evidencia científica y la resonancia popular, tres condicionamientos que a nuestro criterio no suelen ser fácilmente articulables, al menos para las experiencias políticas de los países periféricos.

Si bien Smith reconoce la energía explosiva de la nación y el terrible poder que ejerce sobre sus miembros, pues opera como principio legitimatorio de un proyecto político que puede subordinar las instituciones republicanas a un principio precedente, piensa que puede adjudicarle plena responsabilidad al presente que selecciona y no del pasado inerte. De esa manera atempera la peligrosidad del nacionalismo étnico incompatible con el liberalismo, frente a la potenciada voluntad presente de activarlo en torno a determinados objetivos que pretendan incluirlo dentro de las reglas de juego de la democracia.

A nuestro entender esta operación de reconocimiento y reducción de la amenaza no parece ser menos voluntarista que la que montaron los antigenealogistas al atribuirle un carácter artificioso, y por tanto desmontable desde una perspectiva tan ostensiblemente racionalista, como la que proyectaron en las élites políticas e intelectuales a las que se les imputara el monopolio de su creación.

El nacionalismo insiste en reaparecer bajo fórmulas no previstas y por tanto inexplicables desde esta perspectiva. Tanto es así que algunos autores hablan de *la multiplicación de nacionalismos desenfrenados*, como un fenómeno *cada vez más contagioso*, que consiste en *el impulso a expresar la identidad propia y de hacerla reconocer tangiblemente por los otros y que ha de reconocerse como una fuerza elemental hasta en el mundo más encogido de alta tecnología, aparentemente homogeneizante de finales del siglo XX* (Cf. CASTELL, M., 2000).

La distancia y tensión entre postulaciones teóricas y evidencias empíricas reclama un esfuerzo por abrir nuevas líneas de indagación que reconozcan no sólo su pervivencia, sino sus resignificaciones entendiendo que si existe una lógica identitaria del nacionalismo a través del tiempo, como señala Blas Guerrero (1999: 512), no ha sido ajena a la búsqueda del poder, convirtiéndose en una instancia privilegiada de legitimación del ejercicio del poder estatal, ya sea del Estado existente o de agentes que pretenden conquistarlo.

El nacionalismo ha sido utilitario tanto a la revolución como a la contrarrevolución, ha animado al liberalismo democrático, como a formas autoritarias y totalitarias, ha servido de esperanza a los que quieren transformar radicalmente a la sociedad o a los que quieren defender órdenes viejos que se desmoronan, pero siempre ha sido funcional a la conquista y mantenimiento

del poder político en diversas delimitaciones territoriales.

Lo cual supone disponernos a reconsiderarlo como un tema sustancial para la política y las formas democráticas que pretendemos sostener, recuperando las tres perspectivas de análisis que sugerimos al comienzo, la matriz cultural, sus contenidos ideológicos y su desarrollo político, a fin de abrir una reflexión dispuesta a encarar la versatilidad que su historia refleja, evitando la tentación de caer en representaciones simplificadoras que intenten conjurar desde marcos teóricos la complejidad de los nuevos conflictos que están transformando profundamente los esquemas con que se movió occidente en el siglo XX.

Bibliografía:

- ALTAMIRANO, Carlos, «Ideas para un programa de historia intelectual» en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*. Universidad de Quilmes, año 3 N° 3. Buenos Aires (1999).
- ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. FCE. Buenos Aires (2000).
- ARENDT, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza. Madrid (1990).
- BERLIN, Isaiah. *Contra la corriente. Ensayo sobre historia de las ideas*. FCE. México. (1986).
- BLAS GUERRERO, Andrés de. «Liberalismo, democracia y nacionalismo» en *Enciclopedia del Nacionalismo*, Alianza. Madrid. (1999).
- BLAS GUERRERO, Andrés de. «El nacionalismo», en VALLESPÍN, Fernando, *Historia de la Teoría Política*, t. 3. Alianza. Madrid (1995).
- BOBBIO, N., MATTEUCCI, N. y PASQUINO, G. *Diccionario de política*. Siglo XXI (5° ed en español) México (1987-88).
- BUHRUCKER, Cristian. *El fascismo en el siglo XX*, EMECE. Buenos Aires (2008).
- BUHRUCKER, Cristian. *El miedo y la esperanza. Los nacionalismos en Europa Centro Oriental*. EDIUNC. Mendoza (1999).
- CASTELLS, Manuel. *El poder de la identidad*. Alianza. Madrid (2000).
- CASTORIADIS, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad vol 1. Marxismo y teoría revolucionaria*. Tusquets. Buenos Aires (1992) (1975).
- CHATTERJEE, Partha. *Nationalism Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?* Zed Books for the United Nations University. Londres (1986).
- CHIARAMONTE, José Carlos. *El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana*. Cuadernos del Instituto Ravnani, N°2, FFyL, UBA (1991).
- CHIARAMONTE, José Carlos. «Comunidades imaginadas, reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo de B. Anderson». Boletín N°10 del Instituto de Historia Argentina y americana 3 serie, 2 semestre, FFyL UBA FCE (1994).
- CORTINA, Adela. *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía. Ciudadanía intercultural. Miseria del etnocentrismo*. Alianza. Madrid (1997).
- DE FELICE, Renzo. *Le interpretazioni del fascismo*. Roma-Bari, Laterza (Bari, 1969) (1997).
- DEVOTO, Fernando. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una Historia*. Siglo XXI. Buenos Aires (2002).

- FLORIA, Carlos. *Pasiones nacionalistas*. FCE. Buenos Aires (1998).
- FOUCAULT, Michel. *Defender la sociedad. Curso en el Collage de France (1975-1976)*, FCE. Buenos Aires (2000) (1997).
- GAUCHET, Marcel, MANENET, Pierre y ROSANVALLON, Pierre. *Nación y modernidad*. Nueva Visión. Buenos Aires (1995).
- GELLNER, Ernest. *Nacionalismo*. Destino. Barcelona (1998).
- GENTILE, Emilio. *La vía italiana al totalitarismo. Partido y estado en el régimen fascista*. Siglo XXI. Buenos Aires (2005).
- GEERTZ, Clifford . *La interpretación de las culturas*. Gedisa, Barcelona (1988)
- GUERRA, François Xavier, «La nación en América Hispana: el problema de los orígenes», en GAUCHET, M, y otros (1995). *Ob.cit.*
- HABERMAS, Jürgen. *La constelación posnacional*, Paidós. Barcelona (2000).
- HALPERIN DONGHI, Tulio «Contrapunto Argentina: La rebelión de la Nación, surgimiento del Estado», en CASTRO-KLAREN, Sara, y CHASTEEN, John Charles. *Más allá de las Comunidades Imaginadas: lecturas y escritura de la Nación en el siglo XIX de América Latina*, Edited by Sara Castro-Klarén and John Charles Chasteen Copub.: Johns Hopkins University Press Johns Hopkins University Press (2003).
- HAYES, Carl. *The historical evolution of Modern Nationalism*. MacMillan. New York (1931).
- HAYES, Carl. *El nacionalismo, una religión*. UTHEA. México (1966).
- HOBSBAWN, Eric. *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Crítica. Barcelona (1993).
- HOBSBAWN, Eric. *Historia del siglo XX. 1914-1991*. Crítica. Barcelona (1995).
- KOHN, Hans. *Historia del nacionalismo*. FCE. México - Buenos Aires (1944).
- LVOVICH, Daniel. «Nación e imaginación», en VERNIK, Esteban (comp) *Qué es una nación. La pregunta de Renan revisitada*, Prometeo. Buenos Aires (2004).
- MACRY, Paolo. *La sociedad contemporánea. Una introducción histórica*. Ariel. Barcelona (1997).
- MÁIZ RAMÓN. *La frontera interior. El lugar de la teoría de la democracia y el federalismo*. Tres Fronteras, España (2008).
- MILLER, David. *Sobre la nacionalidad autodeterminación y pluralismo cultural*. Paidós. Barcelona (1997).
- MOSSE, George. *La nacionalización de las masas*. Siglo XXI. Buenos Aires (2007).
- NOLTE, Ernst, *Il fascismo nella sua época. I tre volti del fascismo*. SugarCo, Milano (1993).
- PALTI, Elías J. *Giro lingüístico e historia intelectual*. Quilmes, Buenos Aires (1998).
- PALTI, Elías J. *La nación como problema. Los historiadores y la «cuestión nacional»*. FCE.

- Buenos Aires (2003).
- PAYNE, Stanley G. *El Fascismo*. Alianza. Madrid (1984).
- QUATTROCCHI-WOISSON, Diana. *Los males de la memoria*. EMECE. Buenos Aires. (1995).
- RENAN, Ernest. ¿Qué es una nación? Alianza. Madrid [1882] (1988).
- RENAULT, Alain. «Lógicas de la Nación», en GIL DELANNOI, P. y TAGUIEFF, Pierre A., *Teorías del nacionalismo*. Paidós. Barcelona (1993).
- ROUQUIÉ, Alain y SUFFREN, Stephen «Los militares y la política latinoamericana desde 1930», en BETHELL, Leslie, *Historia de América Latina*, t.12 *Política y sociedad desde 1930*. Crítica. Barcelona (1994).
- SABATO, Hilda. *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*. FCE. México (1999).
- SAFFORD, Frank. «Política, ideología y sociedad», en BETHELL, Leslie. *Historia de América Latina*. t.10. Crítica. Barcelona (1997).
- SCHMITT, Carl. *El concepto de lo político*. Alianza. Madrid [1932] (1991).
- SMITH, Anthony. «¿Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones», en FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (comp.) *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Manantial. Buenos Aires (2000).
- SMITH, Anthony. *La identidad nacional*. Trama. Madrid (1997).
- STERNHELL, Zeev. *El nacimiento de la ideología fascista*. Siglo XXI. Madrid (1994).